

Mejor poco que nada, pero mucho mejor más que menos



Demasiadas veces nos justificamos con una vida religiosa realmente mediocre. Lo justo, ya está. No buscamos profundizar en nuestra oración ni nos preocupamos de ir dando más calidad cristiana a nuestra vida. Perdemos oportunidades que la vida y la iglesia nos ofrecen; que Dios mismo nos ofrece para que le recibamos de forma cada vez más honda, más sincera y concreta en nuestra existencia.

¿Cuántas veces creemos que orar es simplemente estar en un sitio (p. ej. en la misa) en el que otro (el cura) reza o hace un rito religioso, estando nosotros mirando sin más o aguantando mientras pensamos en otras cosas...? ¿Cuántas veces pensamos que rezar es simplemente realizar un gesto religioso o leer una oración escrita o leer esta ficha mensual...? La oración requiere tiempo e implicación personal, un diálogo de tú a tú con Dios, sea cual sea la forma. Los ritos, las oraciones hechas nos ayudan, pero no sustituyen nuestra oración.

Por eso en esta cuaresma quizá podríamos repetirnos esta frase ante Dios: Mejor poco que nada, pero mucho mejor más que menos.

PARA TERMINAR LA ORACIÓN DE CADA DÍA

**Quién me libraré de este cuerpo torpe de pecado,
de esta existencia que no quiere recibirte,
que no termina de confiar en ti,
que se conforma con que le vaya bien a corto plazo,
con no tener demasiados problemas
olvidando que estamos creados para la justicia,
la belleza y el amor, para compartir tu misma gloria.
Pero tú, cuando me escondo en el abismo
de la mediocridad y del pecado me visitas,
cuando te doy la espalda
no retiras tus ojos piadosos de los míos,
cuando desespero sigues sosteniendo mi corazón
aunque no lo note.
Por eso, a pesar de los pesares, te suplico:
No abandones la obra de tus manos.**

Anti-oraciones que también son oración



No rezamos solo como queremos, sino también como podemos.

No rezamos solo con palabras adecuadas o silencios serenos, sino también con palabras torpes, y silencios intranquilos o aburridos.

Hay oraciones en estado salvaje, sin pulir, sin cultivar aun. Palabras que parecen inconvenientes, pero que nos ponen en contacto con espacios profundos de nuestra vida en los que necesitamos abrir una puerta a Dios y no sabemos muy bien cómo hacerlo o solo sabemos hacerlo de malas maneras.

Son estas oraciones palabras de barro que tienen que ser modeladas por Dios y recibir su aliento para ser evangelizadas y convertirse en un lugar de encuentro con la salvación que él viene preparando para nosotros y que no siempre es fácil de encontrar, entender y recibir.

No hay que tener miedo a estas oraciones asilvestradas, pero tampoco hay que dejarlas campar a sus anchas. Hay que ponerlas ante Dios con toda su fuerza, pero con la esperanza de que todo sucede en la palma de su mano que tiene como único reverso la misericordia (aunque no se vea).

Pero, ¿cuáles son estas oraciones, estas anti-oraciones?

En la ficha este mes te mostramos tres de ellas que seguro que has rezado alguna vez o que ahora están de alguna manera en ti. Te invitamos a sentirlas como verdaderas oraciones y a dejar que Dios las vaya evangelizando poco a poco.

Mira cómo sufro, escucha nuestro lamento ¿Acaso eres un Dios de injusticia?



Aquí la oración de Job viene en nuestra ayuda. Él no se calla, deja salir de su corazón todo su dolor por su situación injusta e incomprendible. Él, como algunos salmos, nos invitan a hacer lo mismo ante Dios. Pero ante Él, esto es lo que salva a la oración y deja espacio para que Dios nos vaya poniendo algo de paz en nuestro corazón.

Con Job, y también de la mano de Jesús, podemos decir: *¿por qué me tratas así?, ¿por qué me has abandonado?, ¿por qué me dejas en manos de los malos o no me sacas de este interior oscuro que me traga?, ¿por qué tendría que rezarte y confiar en ti si me muero de tristeza, de soledad, de dolor...?, ¿para qué nos sirves?*

Quizá luego, cuando Dios se deje sentir, podamos decir, como Job: “He hablado más de la cuenta...” (Job 42, 3), pero el Señor acogerá el dolor de nuestro corazón que se le entrega en estas frases. Él dice: “Es mi siervo Job quien ha hablado bien” (Job 42, 7). Y es que Dios sabe que esta queja nace del dolor de nuestro corazón y que es el mismo Espíritu el que grita desde nuestra carne para que Dios nos cure revelando su amor y su salvación. Mientras, el Hijo, crucificado con nosotros, nos hace saber que tenemos un lugar reservado en el interior eterno de Dios (Lc 23, 43; Col 3, 3) y nos invita a no desesperar.



No compliques mi vida, déjame. ¿Qué tengo yo que ver contigo?

Hay una oración que raramente hacemos consciente, pero que habita en nuestro corazón como relación escondida con Dios. Se trata de rechazar su presencia y su palabra.

Vivimos delante de él, pero nos hemos vuelto de espaldas y continuamos nuestro camino dispuestos a olvidar lo que nos ha dicho. Esta es la situación del joven rico mientras en silencio abandona la presencia de Jesús... quizá supiera que Jesús era la mejor parte, pero no se atreve... En este caso la oración pudiera consistir en decirlo en alto ante Dios: *No puedo, no me atrevo, no tengo fuerzas en mi corazón, pero no dejes que me olvide de ti.* Parece que rechazamos a Dios, pero

solo lo haremos si nos olvidamos de Él, no si le decimos que por ahora no sabemos cómo romper nuestras ataduras.

También se da esta oración cuando rechazamos explícitamente su palabra: *Déjame en paz*, como le dicen los endemoniados... La discusión con Él es una forma anti-oración en la que damos opción a Dios para que nos libere. Pero hemos de ser honestos y decirselo claramente a Él: *No quiero compartir, no quiero perdonar, no quiero dejar de criticar, no quiero dejar mi pecado*, sea el que sea...

Quizá la presencia del Señor nos libere de nuestra complicidad con el mal... y nuestro pecado no nos aparte de Dios, como pretende.



Estoy aquí y no hago nada. Me aburro contigo, Señor

Alguien nos ha convencido de que si algo no otorga bienestar no es bueno o si es bueno no lo estamos haciendo bien. Esto pensamos también de la oración (o de la misa). Si no estamos en paz, serenos, o no conseguimos algo, la oración no sería valiosa o estaría mal hecha.

Pero esto no es así. El encuentro con el Señor, incluye momentos de lo que podríamos llamar anti-oración. Momentos de soledad, de aburrimiento, sentimientos de pérdida de tiempo... En ellos (podríamos decir, sin Dios) aprendemos de verdad quién es Dios. Aprendemos que Dios no es un objeto que traemos y llevamos según nuestros criterios, una persona que podemos dominar, un padre al servicio de nuestras necesidades de niños que lo quieren todo y al momento.

En esta anti-oración (en el aburrimiento, en la sensación de pérdida de tiempo) aprendemos realmente a rezar si resisitimos esperando, confesando que Dios es Dios y no simplemente una fuente de paz, o una máquina de responder peticiones o un oráculo de explicaciones.

Dios es nuestro origen, nuestro futuro de vida, aquella compañía en la que vivimos, nos movemos y existimos, pero que nunca podemos alcanzar del todo. También el silencio, el aburrimiento es una oración que va educando nuestra fe para que conozca al verdadero Dios.

PROPUESTA

Durante este mes deja que tu corazón identifique estas anti-oraciones en tu vida. Pide aprender a vivirlas, y rézalas cuando aparezcan.